

Julio - Diciembre 2025



Vol. LIX - Núm. 2

ESTUDIOS TRINITARIOS

SALAMANCA

estudios trinitarios

Julio-Diciembre

2025

Vol. LIX - Núm. 2

SUMARIO

EDITORIAL 193-195

ESTUDIOS

- DI CIÓ, A. F., *La carne, el tiempo y las obras en los cánones de Nicea I. Una lectura a la luz del principio sacramental* 199-241
- ARFUCH, D. E., *Explorando nuevos horizontes trinitarios: pistas para el estudio hagiográfico del «concilio niceno de los 318 santos padres»* 243-278
- CLUR, E., *Mente patrística: la Trinidad de Basilio* 279-308
- DELGADO, J. E., *Aspectos pneumatológicos de la predicación agustiniana en la vigilia de Pentecostés* 309-338
- SERPE, V., *El Misterio de Dios en el pensamiento de Bernhard Welte: de la fenomenología de la religión a la experiencia existencial* 339-367
- BIBLIOGRAFÍA 369-389

MENTE PATRÍSTICA: LA TRINIDAD DE BASILIO

PATRISTIC MIND: THE TRINITY OF BASIL

EMANUEL CLUR

Facultad de Teología de Granada
Universidad Loyola Andalucía
eclur@al.uloyola.es
Orcid: 0009-0000-5739-4942

Fecha de recepción: 18 de junio de 2025

Fecha de aceptación: 27 de octubre de 2025

Resumen: Llegar a adquirir la *mente patrística*, como aparece en el trabajo del P. Florovsky, solicita no sólo vivir la liturgia y la oración o el sólo limitarse a leer a los santos padres para memorizar ciertas frases, sino que consiste en, leyéndolos, comenzar a pensar como ellos pensaron, unidos y movidos por un mismo Espíritu Santo. Así podremos decir que la edad patrística no terminó, sino que se extiende hasta nuestros días. Lo que propongo es, en la lectura de Basilio en dos de sus obras—*Hexameron* y *Sobre el Espíritu Santo*—, no sólo descubrir el contenido que se cree, sino el cómo y por qué se cree, para que el lector pueda llegar a encontrar aplicaciones al tiempo presente. Asimismo, la lectura de parte de su epistolario nos permite comprender su realidad histórica, que no fue nada fácil.

Palabras clave: Capadocios, Teología dogmática, Teología fundamental, Teología oriental.

Abstract: To acquire the *patristic mind*, as presented in the work of Fr. Florovsky, requires not only living the liturgy and prayer, nor merely limiting ourselves to reading the holy fathers in order to memorize certain sentences. Rather, by reading them, we begin to think like them, united and moved by the same Holy Ghost. Then we could affirm that the patristic age has not ended but it remains to this day. My idea is that by reading Basil in two of his works —Hexameron and On the Holy Ghost—, we can discover not only the content of what we believe but also how and why we believe it, with the hope that the reader may find applications in our days. Moreover, to read some of his letters would allow us to understand his historical reality which was by no means easy.

Keywords: Cappadocians, Eastern Theology, Fundamental Theology, Dogmatic Theology.

1. Introducción

En este sentido, estamos obligados a decir que “la Era de los Padres” sigue en “la Iglesia orante”. ¿No debería ésta continuar también en nuestro estudio teológico, investigación e instrucción? Para recuperarlo, de hecho, no de un modo arcaico o en apariencia, y no tan sólo como una venerable reliquia, sino con una actitud existencial, como una orientación espiritual. Sólo de esta manera puede nuestra teología ser reintegrada dentro de la plenitud de nuestra existencia cristiana. [...] Uno debe viajar a las mismísimas raíces de esta piedad tradicional, y recuperar la “mente Patrística”. [...] Como “adoradores” continuamos en la “tradición de los Padres”. ¿No deberíamos permanecer, consciente y devotamente, en esa misma tradición también como “teólogos”, como testigos y maestros de Ortodoxia? ¿Podremos conservar nuestra integridad de algún otro modo?¹

¹ «In this sense, we are bound to say, “the Age of the Fathers” still continues in “the Worshipping Church”. Should it not continue also in our theological pursuit

Teniendo estas palabras del teólogo-historiador ruso Padre Florovsky² como inspiración, nos damos a la tarea de intentar adquirir esta *mente patrística*. Nos basaremos en dos obras de Basilio: *Hexameron*³ y *Sobre el Espíritu Santo*⁴. Luego de lo cual se expresarán ciertas preguntas que suscitan los textos, que pueden tener repercusiones en nuestros días, procurando atisbar o esbozar una respuesta, aunque no definitiva, en cada una de ellas, a saber: ¿Qué hemos de creer? ¿Quién es Dios?

No se busca, con todo, darle al lector una lectura de problemáticas actuales, sino brindarle un acceso al pensamiento de Basilio, en el que ni los elementos más accidentales son descartados cuando vienen de Dios. Quizás este último punto sea la mayor adquisición que se pueda obtener tras la lectura

and study, research and instruction? Should we not recover “the mind of the Fathers” also in our theological thinking and teaching? To recover it, indeed, not as an archaic manner or pose, and not just as a venerable relic, but as an existential attitude, as a spiritual orientation. Only in this way can our theology be reintegrated into the fullness of our Christian existence. It is not enough to keep a “Byzantine Liturgy”, as we do, to restore Byzantine iconography and Byzantine music, as we are still reluctant to do consistently, and to practice certain Byzantine modes of devotion. One has to go to the very roots of this traditional “piety,” and to recover the “Patristic mind”. Otherwise we may be in danger of being inwardly split—as many in our midst actually are—between the “traditional” forms of “piety” and a very untraditional habit of theological thinking. It is a real danger. As “worshippers” we are still in “the tradition of the Fathers”. Should we not stand, conscientiously and avowedly, in the same tradition also as “theologians”, as witnesses and teachers of Orthodoxy? Can we retain our integrity in any other way?» (G. Florovsky, *Bible, Church, Tradition: An Eastern Orthodox View*, Nordland Pub. Co., Belmont, 1972, c. VII, p. 113).

² El Padre G. Florovsky (Odessa, 1893-Penceton, 1979) fue profesor en la Universidad de Odessa, de Praga, en el Instituto San Sergio de París, en la Universidad de Columbia, en la Escuela Teológica San Vladimir y finalmente en la Universidad de Harvard. No confundir con el Padre Paviel Floriinsky.

³ B. Magno, *Hexameron. Homilias sobre los seis días de la Creación*, Svetigora, Njegoseva, 2017.

⁴ B. Magno, *El Espíritu Santo*, Ciudad Nueva, Madrid, 2012.

de este padre. Ahora, las aplicaciones a problemáticas actuales quedan para el lector, quien desarrollando esa mente patristica podrá vislumbrarlas.

1.1. *Breves notas biográficas sobre Basilio*⁵

El padre que estudiamos –entre los santos, Basilio de Cesarea (330-379) o, como se lo ha llamado, más que merecido título, Magno–, es uno de los padres que más ha influenciado el pensamiento del Oriente cristiano, principalmente a las Iglesias de tradición bizantina. Se enmarca dentro de los así denominados padres capadocios (junto a Gregorio Nacianceno y Gregorio Niseno). Nieto de Macrina la Anciana, hijo de Basilio el Grande y Emilia de Cesarea, hermano de Gregorio Niseno, Macrina la Joven, Naucracio y de Pedro de Sebaste. Estamos hablando de una familia de santos, monjes y obispos, todos defensores de la fe ortodoxa en contexto de serias controversias. Considerado uno de los cuatro padres orientales o griegos, es celebrado por la Iglesia latina el 14 de junio (*usus antiquior*) y el 2 de enero (*usus recentior*); las Iglesias de rito bizantino lo celebran en dos ocasiones: 1 de enero (san Basilio Magno, Arzobispo de Cesarea de Capadocia) y el 30 de enero (los tres Santos Obispos: san Basilio, san Gregorio y san Juan); otras Iglesias lo celebran en otras fechas.

1.1.2. *Hexameron*

Hexameron se enmarca dentro de una tradición de comentarios al relato creacional del Génesis. Encontramos textos similares a este en diversos autores, desde Agustín (*De Genesi ad litteram*) pasando por Mar Jacob de Sarug o hasta de su mismo hermano

⁵ Cf. N. Velimirovich, «Prólogo de Ohrid», en B. Magno, *Hexameron*, pp. 13-14.

Gregorio de Nisa. La obra de Basilio consiste en nueve homilias sobre los seis días de la creación (cf. Gn 1, 1-26) que pronunció a lo largo de tres días en el año 378⁶.

1.1.3. *Sobre el Espíritu Santo*

Cuando dirigimos nuestra mirada al *Sobre el Espíritu Santo*, podríamos pensar equivocadamente que se trata exclusivamente de la tercera persona de la Trinidad. Sin embargo, pese a destinarle una especial atención, se trata de un auténtico tratado en respuesta a diversas polémicas suscitadas por autores y pensadores heterodoxos, en lo que puede recordar a los padres apologeticos. Es particularmente necesario precisar la fecha de esta obra, que podemos enmarcar en el año 372-374⁷ (motivado por la grave acusación contra su persona tras la celebración de la Divina Liturgia)⁸; es decir, que se enmarca en el contexto posterior al primer concilio ecuménico, en el que al menos en principio se ha triunfado sobre el arrianismo; sin embargo, como se deduce de la propia obra –y de la historia–, las tesis arrianas y semi-arrianas siguieron teniendo mucha fuerza. Con todo, no

⁶ Cf. R. Lim, «The Politics of Interpretation in Basil of Caesarea's "Hexameron"», *Vigiliae Christianae*, vol. 44, n.º 4 (1990), pp. 351-370. <https://doi.org/10.2307/1583840>.

⁷ La datación de esta obra no es sencilla. Se han levantado diversas hipótesis. Aunque se tiende a creer que es una obra de madurez del Capadocio, algunos, de la mano de Dörries, logran distinguir en la obra (cc. IX-XXIX) un así llamado «protocolo de Sebaste», en el que nuestro autor intentaría persuadir a Eustacio de Sebaste para que reconozca la divinidad del Espíritu. Para esta cuestión, véase: J. J. Whitty, «Reading Basil of Caesarea's On the Holy Spirit as Apology: Reassessing the Influence of Eustathius of Sebaste on the Treatise», *Vigiliae Christianae*, vol. 77, n.º 4 (2022), pp. 353-374. Para una estructura de la obra, consúltese: M. Mira, «Sobre la estructura del "De Spiritu Sancto" de Basilio de Cesarea», *Scripta Theologica*, vol. 40, n.º 1 (2008), pp. 65-88.

⁸ Cf. «Introducción» en B. Magno, *El Espíritu Santo*, pp. 16-17.

es tan llamativo que Basilio se mantenga en la ortodoxia frente a estos (sin quitarle mérito, por supuesto, dado que no eran pocos los obispos que habían cedido), sino, ante todo, que afirme con suprema autoridad que la ortodoxia radica en la afirmación de la divinidad de la tercera persona, aun cuando no había concilio que le respaldase. Deberíamos esperar hasta el segundo concilio ecuménico en el 381 dado en Constantinopla para que los cánones reflejaran la sabiduría de la ortodoxia de fe defendida por nuestro autor. Vemos así el surgimiento de la herejía de los pneumatómacos y la respuesta de Basilio. Algunos han querido decir que los concilios fueron creadores de la ortodoxia, sin embargo, aquí podemos ver que la ortodoxia es la constante afirmación de la tradición recibida. Basilio no introduce novedad, sino que nos transmite aquello que él mismo ha recibido.

2. ¿Qué hemos de creer?

En nuestros días, que se autoproclaman el tiempo del triunfo de la ciencia sobre la religión, de la razón por sobre la fe, de la opinión sobre la verdad, podría parecer arcaica o incluso retrógrada la pregunta sobre el creer; fácilmente podríamos responder que sólo se ha de creer aquello que nuestros ojos hayan visto y nuestras manos tocado; sólo se ha de creer en aquello que acontece en la historia: aquello real y tangible. Seguramente más de uno de los que así piensan se llevaría una grave sorpresa al darse cuenta de que aquello que ha sido visto, oído y palpado es lo que, con esas mismísimas palabras, Juan el Teólogo (cf. 1 Jn 1, 1) afirma su predicación.

Pero si es que el testimonio de uno no basta, si lo que se necesita es auténtica historia concreta, Lucas el Evangelista —al que la tradición le reconoce como el primer iconógrafo y, quizás

por ello mismo, historiador, puesto que el ícono no es arte vulgar, sino puerta hacia lo real, ventana hacia lo divino, hasta poder decir que el que lo escribe obra una verdadera tarea demiúrgica—, dice que él mismo se ha encargado de indagar sobre aquellas verdades que se afirmaban en su tiempo, buscando testigos oculares (cf. Lc 1, 1-2), para dar certidumbre de un suelo firme (lit.: asfáleian/ *ἀσφάλειαν* (cf. Lc 1, 4), de donde nos viene la palabra asfalto).

Nuestra religión, la de Basilio, la de Lucas y Juan, y la de una inmensidad de nube de testigos (cf. Hb 12, 1), es histórica por excelencia puesto que la misma mano que nos creó en un principio, el Verbo eterno, se ha hecho carne, en un tiempo concreto, de una virgen concreta (cf. Jn 1, 1-3); pero, sobre todo, nuestra sagrada religión es histórica puesto que nuestro Dios – Padre, Hijo y Espíritu Santo—, y de modo singular el Espíritu, sostiene y garantiza el curso de la historia, como dirá Basilio: es precisamente «tras arrojar por la borda lo establecido por el Espíritu Santo» que todo pierde su sentido, es la manipulación en el poder, cuando ocupando el lugar que le corresponde al Espíritu, que «una terrible anarquía invade a los pueblos por causa de esta ambición de mando, y por eso las exhortaciones de los prelados resultan completamente ineficaces y ociosas, pues cada uno, al subírseles el humo de su ignorancia a la cabeza, piensa que no tiene que obedecer a nadie, sino más bien que él debe mandar a los demás»⁹.

Bastarían a nuestros modernos pensadores las palabras del *Hexameron*: «han hecho mucho tratando de explicar la naturaleza, pero ninguna idea de ellos ha quedado firme y sólida, todas han sido refutadas por el que le sigue. No vale la pena refutarlos: se destruyen el uno al otro»¹⁰. Nuestra historia sigue necesitando oír

⁹ B. Magno, *El Espíritu Santo*, XXX, 77, p. 242.

¹⁰ B. Magno, *Hexameron*, I, 2, p. 17.

las palabras de David: «Si Tú escondes el rostro, desfallecen; si retiras Tú su aliento, expiran, y vuelven a su polvo. Cuando envías tu sopro, son creados, y renuevas la faz de la tierra» (Sal 103, 29-30). Pero es que no sólo en la sabiduría antigua encontramos la verdad¹¹, sino que en nuestros días también hay quienes, sin renunciar a su ciencia, descubren la verdad de la fe. Sólo por mencionar casos conocidos en tiempos contemporáneos, se me ocurren el de Francis Collins —director del proyecto genoma humano—, quien dijo: al mismo Dios se le adora en la catedral y en el laboratorio¹², o el caso reciente de Brecht Arnaert, en su artículo *Huerta de Soto's hypostasis. An exploration of the role of theology in economics*¹³, en el que, como indica su nombre, investiga la necesidad de reconocer la realidad de la teología en algo tan humano como es la economía¹⁴.

Tras estas breves palabras podemos, ahora, adentrarnos en cómo responder a esta pregunta, para lo cual Basilio nos da

¹¹ Para un estudio sobre la utilización de las ciencias por parte del Capadocio, véase: M. Mira, «La noción de ley de la naturaleza en el *In Hexaemeron* de Basilio de Cesarea», *Annales Theologici*, vol. 20, n.º. 1 (2006), pp. 59-86.

¹² «Both of these choices are profoundly dangerous. Both deny truth. Both will diminish the nobility of humankind. Both will be devastating to our future. And both are unnecessary. The God of the Bible is also the God of the genome. He can be worshiped in the cathedral or in the laboratory. His creation is majestic, awesome, intricate, and beautiful —and it cannot be at war with itself. Only we imperfect humans can start such battles. And only we can end them» (F. S. Collins, *The Language of God: A Scientist Presents Evidence for Belief*, Free Press, New York, 2006. <http://archive.org/details/francis-collins-language-of-god>, p. 211).

¹³ Cf. B. L. Arnaert, «Huerta de Soto's Hypostasis an Exploration of the Role of Theology in Economics». *Revista Procesos de Mercado*, vol. 21, n.º. 2 (2024), pp. 167-210. <https://doi.org/10.52195/pm.v21i2.957>.

¹⁴ El artículo llega incluso a vislumbrar una nueva «vía» de acceso a Dios desde el mercado, haciendo verdadero honor al tomismo de *hominem unius libri timeo* o como cita el mismo artículo a Hayek: «nobody can be a great economist who is only an economist —and I am even tempted to add that the economist who is only an economist is likely to become a nuisance if not a positive danger».

indirectamente grandes pistas. Hoy en día podríamos caer en una suerte de fideísmo nominalista, en el que sólo creemos aquello que la *auctoritas* eclesiástica nos indique que hemos de creer sin mayor juicio. Es verdad que la *auctoritas* eclesiástica debe ser respetada y obedecida, pero no de suyo ni mucho menos en carácter absoluto, porque sobre la *auctoritas* está la *veritas*, que es Dios mismo; sólo a Él se le debe rendir obediencia absoluta. Es precisamente porque existe una verdad que podemos juzgar la autoridad como válida o inválida y esta verdad se da en primer orden dentro de los marcos de la razón (aunque siempre sea excesiva para los marcos de la sola razón) y como dice el Aquinate: «Como quiera que la gracia no suprime la naturaleza, sino que la perfecciona, es necesario que la razón natural esté al servicio de la fe»¹⁵. Sin embargo, queda aún la pregunta: ¿cómo puedo llegar a conocer la verdad? Aquí entra el valor de la verdad que elige manifestarse, revelarse, y esta revelación es recibida por algunos hombres ilustres que la han transmitido íntegramente a las generaciones. Es precisamente este transmitir —*tradetur* en latín—¹⁶ el que nos lleva a la *traditio*.

Ahora, si entendemos que la *veritas* se ha revelado a unos hombres, que a su vez nos la han transmitido en lo que llegamos a llamar *traditio*, comprendemos que la *autoritas* tiene el deber de proteger esta tradición recibida sin innovación¹⁷. Pero pongamos

¹⁵ T. de Aquino, *Suma de teología*, I, q. I, a. 8, ad. 2, BAC, Madrid, 1994, p. 96.

¹⁶ «Ego enim accepi a Domino quod et tradidi vobis, quoniam Dominus Jesus in qua nocte tradebatur, accepit panem» (1 Cor 11, 23).

¹⁷ Claro está que una exhaustiva reflexión sobre la articulación de *veritas-traditio-auctoritas* excede los límites del presente trabajo. La división tripartita que se provee aquí, que surge de la lectura de Basilio, puede ser profundizada, especialmente en el segundo elemento, la *traditio*, que en Basilio es una doctrina en sí misma. El Capadocio considera que la *traditio* es bipartita, a saber: *δόγμα* y *κήρυγμα*; «las primeras se mantienen en una prudente reserva para evitar que los más altos misterios vengán a convertirse, por causa de la rutina, en algo despreciable, mientras que las segundas se mantienen públicamente» (J. M. Yanguas Sanz, «La divinidad

un ejemplo del *Hexameron*, en el que se nos habla sobre Moisés como autor del Génesis:

Pero, antes de analizar el sentido de estas palabras y de examinar el significado que encierran, veamos quién es el que nos habla. Y, puesto que la debilidad de nuestra inteligencia no nos permite penetrar en el pensamiento profundo del que habla, nos veremos obligados espontáneamente a creer en sus palabras por su autoridad [*auctoritas*]¹⁸.

Y más adelante:

Por lo tanto, el que fue digno de ver a Dios cara a cara igual que los ángeles, nos habla a nosotros de lo que escuchó [*traditio*]¹⁹ de Dios. Entonces escuchemos las palabras en las que se expresa la verdad [*veritas*], no con los argumentos de una sabiduría humana, sino con las enseñanzas del Espíritu y cuyo fin no es obtener la alabanza del que las escucha, sino la salvación de aquellos a quienes se les enseña²⁰.

Clarificado el cómo responder diremos qué responder o, lo que es lo mismo, ¿quién es Dios? Dios es aquel que, desde siempre, antes de la creación del mundo, es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Así se ha revelado y con verdad se ha creído frente a los que hablaban de un dios malo y uno bueno o que han visto en las tinieblas el enemigo del que es la luz²¹. Pero debemos afirmar, sin

del Espíritu Santo en S. Basilio», *Scripta Theologica*, vol. 9, n.º 2 (2018), pp. 485-539, <https://doi.org/10.15581/006.9.21876>).

¹⁸ B. Magno, *Hexameron*, I, 1, p. 16.

¹⁹ Cf. B. Magno, *El Espíritu Santo*, IX, 22, p. 141.

²⁰ B. Magno, *Hexameron*, I, 1, pp. 16-17.

²¹ «Porque, si Dios es luz, el poder que se le opone deben ser evidentemente las tinieblas, y si las tinieblas no reciben el ser de otro ser, son el mal que nace de

temor a equivocarnos, que ya no es sólo que Dios sea en sí mismo Trinidad, sino que también cuando actúa es trino. La creación misma no se trata de una actividad exclusiva del Padre, porque ni el Verbo ni el Espíritu Santo le son ajenos²². En este sentido son iluminadoras las palabras de Basilio: «Pero no dejemos de destacar que después que Dios dijo: “*Que haya un firmamento*” no dice: “*y el firmamento fue hecho*”, sino: “*Y Dios creó el firmamento y Dios separó...*”», en las que reconoce la presencia del Hijo y el Espíritu Santo o, en sus propias palabras:

¡Sordos, oíd! ¡Ciegos, ved! ¿Y quién es sordo sino aquel que no escucha al Espíritu que clama con voz potente? ¿Y quién es ciego? El que no ve las pruebas tan evidentes del Unigénito. “Que haya un firmamento”: es la voz de la causa primera. “Y Dios creó el firmamento”: es el testimonio del poder creador y de la causa eficiente²³.

El obispo de Cesarea distingue en la creación al Padre, como causa primera, de la causa operante, que es el Hijo, de la causa perfectiva, que es el Espíritu Santo²⁴. Pero es que no sólo aquí,

sí mismo; las tinieblas enemigas de las almas, las que causan la muerte en lucha contra la virtud, que existen por sí mismas y que no deben a Dios su existencia: he aquí lo que falsamente creen ver en las palabras del profeta. Partiendo de este punto, qué de opiniones impías y perversas se han imaginado. ¿Qué lobos crueles han tomado esta pequeña palabra para desgarrar el rebaño de Dios y han atacado a las almas con insolencia? ¿No es de aquí que surge los Marciones, Valentinianos y la abominable herejía de los Maniqueos, a los que podemos llamar sin pecar de injustos, la podredumbre de las Iglesias?» (B. Magno, *Hexameron*, II, 4, p. 36).

²² Cf. B. Magno, *Hexameron*, II, 6, p. 41.

²³ Cf. B. Magno, *Hexameron*, III, 4, p. 53.

²⁴ Es importante destacar que no se trata de una reflexión escolástica posterior, sino que el mismo Basilio desarrolla esta doctrina de las causas. «San Basilio en la creación distingue la causa primera: προκαταρτική, que es Dios Padre, la causa operante: δημιουργική ο ποιητή, que es el Hijo y la causa perfectiva: τελειοτική

sino en todo el relato: «¿No descubres en esto la dualidad de las personas? En toda esta narración está misteriosamente el dogma de la teología»²⁵, entendiendo por teología el misterio de Dios o más concretamente la Santísima Trinidad²⁶.

Adentrémonos, ahora, en la distinción de las personas divinas, que de la sutileza²⁷ o de lo burdo de nuestra explicación dependerá el incursionarnos en una de las tantas herejías trinitarias, como es esperable, al final decir que Dios es uno y trino, sin negación ni de lo primero ni de lo segundo, excede todo lo que puede llegar a ser pensado.

2.1. *Padre*

La primera persona de la Trinidad —el Padre— es causa primera de cuanto existe, es en sí la fuente de la divinidad, no como quien es Dios antes que Dios, sino como aquel que es Dios Padre desde siempre, no pudiendo afirmar un momento en el que el Padre no fuera Padre del Hijo y generador del Espíritu Santo. Decimos con verdad de cada una de las personas: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, sin caer ni en el error de los judíos, que no ven en el único Dios la trinidad de personas,

que es el Espíritu Santo (Ver Vladimir Lossky, *Théologie Mystique de l'Église d'Orient*, Paris, 1944, p. 96)» (B. Magno, *Hexameron*, III, 4, nota 3). Véase, también: B. Magno, *Hexameron*, III, 4, p. 53; *El Espíritu Santo*, IV, 6, p. 111. También de un modo explícito y sucinto en *El Espíritu Santo* leemos: «ahora bien, en la creación de estos seres, considérame al Padre como la causa principal, al Hijo como la causa creadora y al Espíritu como la causa perfectiva» (B. Magno, *El Espíritu Santo*, XVI, 38, p. 168). Para una lectura detallada sobre este particular se puede hallar una muy elocuente en J. M. Yanguas Sanz, «La divinidad del Espíritu Santo en S. Basilio», pp. 514s.

²⁵ Cf. B. Magno, *Hexameron*, VI, 2, p. 91

²⁶ Cf. B. Magno, *El Espíritu Santo*, I, 1, p. 101, nota 1.

²⁷ Cf. B. Magno, *El Espíritu Santo*, I, 2, p. 105.

ni en el error de los griegos de reconocer tres dioses²⁸. ¿Cómo decimos que el Padre es Dios? Él es del todo necesario, pero no necesitado: la generación del Hijo no es por necesidad, sino por el mismo ser de Dios; lo mismo cabe decir del Espíritu Santo. Dios es comunión de personas, todas iguales en dignidad. No cabe afirmar que el Padre, por ser enumerado como primero, sea de mayor gloria que el Hijo o el Espíritu Santo; antes bien, es nombrado primero porque Él es la fuente de la divinidad. Por eso es llamado con el nombre propio de *Dios*. Por este mismo motivo no es admisible que se hable de Hijo, Padre y Espíritu Santo o Espíritu Santo, Padre e Hijo o cualquiera otra taxis²⁹ distinta a la revelada.

Del Padre también decimos que es aquel que envía al Verbo y al Espíritu Santo por medio de este; sin embargo, el Padre no es enviado por nadie. Podemos decir con el credo atanasiano: «El Padre no fue hecho, ni creado ni generado por nadie». Del mismo modo, en la creación decimos que todo es creado por el Padre por medio del Hijo y el Espíritu Santo; o en términos de Ireneo, Dios crea por medio de sus dos manos³⁰. Debemos también recordar que el Padre, del mismo modo que el Hijo y el Espíritu, es creador de todo, pero no es creado por nadie ni es nada de lo creado, aunque toda criatura nos pueda conducir al

²⁸ «Y Dios hizo al hombre (Gen 1, 27). No dice ellos hicieron. Aquí la Escritura evita la pluralidad de las personas. Por las primeras palabras corrigen a los judíos, por estas últimas cierra el camino del helenismo; con firmeza vuelve a la mónada para haceros ver que el Hijo “es” junto al Padre y que huyas del peligro del politeísmo» (B. Magno, *Hexameron*, IX, 6, p. 149).

²⁹ Cf. B. Magno, *El Espíritu Santo*, XVI, 37, pp. 167-168.

³⁰ Cf. «CHURCH FATHERS: *Against Heresies*, V.6 (St. Irenaeus)», accedido 24 de febrero de 2025, <https://www.newadvent.org/fathers/0103506.htm>, 1.

hacedor³¹, ninguna criatura se confunde con Dios, ni el sol, ni la luna³², o en términos de Basilio:

Todo lo que el mandamiento de Dios ha hecho pasar de la nada a la existencia, incluso todo aquello que nuestro discurso no ha mencionado con el fin de no aburrirnos y sobrepasar la medida. El que no ha estado ocioso, verá en todo la sabiduría de Dios. No dejéis nunca de llenaros de admiración, ni de alabar al Creador a través de todas las criaturas³³.

También faltaríamos a la verdad si dijéramos que el Padre nos ha dejado como huérfanos al estilo de un dios deísta; al contrario, «en Dios nada hay que no haya sido previsto, nada que haya sido descuidado. El ojo que no duerme observa todo, está presente en todo, dando a cada uno lo necesario para su preservación. Dios no ha dejado al erizo de mar fuera de su providencia»³⁴. También hay que decir que no es creador *ex materia*, sino *ex nihilo*. Dirá Basilio: «Pero Dios, antes de que existiera nada de lo que nosotros vemos ahora, había proyectado y resuelto que existiera lo que todavía no era. Concibió cómo debía ser el mundo y, junto con la forma, produjo la materia que estaría en armonía con ella»³⁵.

³¹ «He aquí lo que con su penetrante providencia el Creador vio desde el principio y llamó a la existencia. Por lo tanto, cuando ves las plantas de los jardines o de los campos, las plantas acuáticas y las terrestres, las que tienen flores y las que no florecen, conoces en lo pequeño su grandeza, llénate de admiración y haz que aumente tu amor al Creador» (B. Magno, *Hexameron*, V, 9, p. 86).

³² Cf. B. Magno, *Hexameron*, VI, 2, p. 91.

³³ Cf. B. Magno, *Hexameron*, VIII, 7, p. 131.

³⁴ B. Magno, *Hexameron*, VII, 5, p. 117.

³⁵ B. Magno, *Hexameron*, II, 2, p. 34. Debemos recordar que la conciencia, quizás debido al influjo helénico, sobre la *creatio ex nihilo* se haya ya presente en la mente bíblica: «te ruego, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra, y a todas las cosas que en ellos se contienen; y que entiendas bien que Dios las ha creado todas de la nada, como igualmente al linaje humano» (B. Magno, *Hexameron*, II M 7, 28).

Cabe pensar que con los que polemizaba Basilio no dudaban de la divinidad del Padre, sino de la del Hijo o de la del Espíritu, o de ambas en última instancia. Por esto es que la metodología del Capadocio no consistirá en afirmar la divinidad del Padre, de la que parece no haber duda, sino ver qué vocablos son aplicables a Él con recta reverencia, y entonces, al observar que también se dicen del Hijo o del Espíritu, acepten así también la divinidad de estos dos.

2.2. *El Hijo*

El Hijo es, como afirmamos en la fe nicena, «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios Verdadero de Dios Verdadero». Lo que decíamos del Padre, ahora lo renovamos. El Logos, el Dios de Dios ha sido engendrado antes de todos los tiempos por el Padre, de tal modo que el Hijo no es en ningún caso de menor gloria. Hay, con todo, quienes han querido aplicar ciertas lógicas, que son propias de la falsa gnosis, a la exégesis sagrada, o en palabras de nuestro autor:

Me parece que algunos no han entendido esto y, alterando el sentido con alegorías presuntuosas, pretenden dar autoridad a sus propias opiniones por encima de las Escrituras. Se creen más sabios que el Espíritu Santo y, bajo el pretexto de la exégesis, ponen cosas de ellos. Interpretémoslas tal como han sido escritas³⁶.

Todo esto ha llevado a no pocos a un gravísimo error, algunos que «diciendo ser sabios se tornaron necios, y trocaron la gloria del Dios incorruptible en imágenes que representan al hombre corruptible, aves, cuadrúpedos y reptiles» (Rom 1, 22-23), se volvieron líderes en esparcir otro evangelio inexistente (cf. Gal 1,

³⁶ B. Magno, *Hexameron*, IX, 1, p. 138.

6-7) al que muchos se vieron arrastrados. Hacemos referencia en este caso concreto del arrianismo, que constituyó en toda regla una de las mayores atrocidades dentro de la historia eclesiástica. Basilio expresa el panorama de su época³⁷ a un mismo tiempo somera y profundamente en la epístola que dirige a los obispos de Occidente:

Nuestras angustias son visibles, aunque las dejáramos sin contar, porque hoy su sonido ha llegado a todas partes. Las doctrinas de los Padres son despreciadas, las tradiciones apostólicas son neutralizadas, los subterfugios de los innovadores están en boga en las Iglesias, es que ahora los innovadores son más astutos que los teólogos, la sabiduría de este mundo gana los más altos honores a la par que es rechazada la Gloria de la Cruz. Los Pastores son eliminados, y en su lugar son puestos nefastos lobos que destruyen el rebaño de Cristo. Las casas de oración vacías, los lugares desiertos están llenos de gente lamentándose. Los ancianos se lamentan cuando comparan los tiempos pasados con el hoy. Por los jóvenes debemos aún compadecernos más, puesto que ni siquiera saben de lo que han sido privados. Todo esto bastará para

³⁷ Es posible pensar que Basilio amplificara en cierto grado la situación; sin embargo, hemos de decir a su vez que circunstancias muy similares son descritas en su tiempo por otros autores. Y, aun bajo el empleo de recursos metafóricos, no indica en ningún caso que el contexto para el Capadocio no fuera en todo sentido de máxima gravedad. En esta clave tenemos a Silouan Fotineas (cf. S. Fotineas, «The Letters of Bishop Basil of Caesarea: Instruments of Communion» (Thesis, Australian Catholic University, 2016), <https://doi.org/10.4226/66/5a9cc83db0bce>.) hablando principalmente de las epístolas 90 y 243: «it becomes apparent that Basil's letters to the West pushed his rhetorical skills to the limit. No doubt this seemed needed as he required immediate action and help. He therefore used whatever niceties of language he could to elicit a response» (p. 148) y más delante «Even though Basil admitted, “my speech in comparison with the true state of things falls far short of a worthy presentation of them”, his verdict about the current “state of affairs” (ἐπὶ τούτοις) of the churches in “most of the cities” (πλείσταις τῶν πόλεων) under his pastoral oversight was all but conclusive» (p. 166).

mover a la piedad de los hombres que han aprendido el amor de Cristo, pero es que, comparado con la realidad, las palabras dicen poco³⁸.

Los arrianos sostenían que el Hijo no era ni de la misma substancia del Padre ni de la misma substancia de los hombres; o lo que es lo mismo, que, de ser dios, no era dios como el Padre y, de ser hombre, no lo era como nosotros lo somos. Esta afirmación, que puede parecer a nuestros modernos ojos una mera cuestión especulativa más propia de filósofos y de teólogos que de algo que nos afecte, es en todo sentido grave. Si el Logos no es verdaderamente Dios como el Padre y hombre como nosotros, luego la encarnación no constituye la encarnación de Dios, sino de una criatura más. De ser esto así, el triunfo final sobre la muerte sería un engaño, el divino intercambio no sería posible o, en términos de Basilio: «la finalidad de nuestra vocación: se nos ha propuesto el asemejarnos a Dios, en cuanto le es posible a la naturaleza humana»³⁹, sería en toda regla imposible.

Prestemos atención a la sutileza de la argumentación con los que polemiza nuestro autor: «efectivamente, rivalizan en señalar la distinta enunciación del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, para, desde ahí, tener fácil también la demostración de su diferencia de naturaleza»⁴⁰. Su mayor representante, Aecio el Antioqueno, sintetizaba bajo un sofisma el origen de sus ideas: «las cosas que son diferentes en su naturaleza se enuncian de manera diferente, y viceversa, las que se enuncian de diversa manera son diferente en su naturaleza»⁴¹, luego cuando Pablo dice: «un solo Dios y Padre,

³⁸ «CHURCH FATHERS: *Letter 90* (St. Basil)», accedido 22 de febrero de 2025, <https://www.newadvent.org/fathers/3202090.htm>, 2.

³⁹ B. Magno, *El Espíritu Santo*, I, 2, p. 103.

⁴⁰ B. Magno, *El Espíritu Santo*, II, 4, p. 107.

⁴¹ B. Magno, *El Espíritu Santo*, II, 4, p. 107.

de quien todo procede, y un solo Señor, Jesucristo, por quien todo existe» (1 Co 8, 6), le hace decir al Apóstol la diferencia de naturaleza entre el Padre y el Hijo. La fuerza de su argumento, si es que se puede hablar de tal, es que los vocablos *de/por quien*, *por medio de quien* y *en quien*, serían aplicados respectivamente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo unívocamente; sin embargo, nada más lejos de la verdad. Como demostrará Basilio, estos vocablos son aplicados de la misma manera al Padre⁴².

El problema de los seguidores de Aecio es que se van a una doctrina de las causas errada, de tal manera que ven en el *de/por quien*: la materia, en el *por medio de quien*: el instrumento, y *en quien*: el tiempo o lugar⁴³, de esta manera, llamándose a sí mismos cristianos, reducen al Demiurgo⁴⁴ a «un término propio de una sierra o un martillo»⁴⁵. La clave para luchar contra estos nos la da el mismo Basilio: «Efectivamente, el *de quien* no siempre indica la materia, como piensan ellos, sino al contrario, para la Escritura es más habitual aplicar esta expresión a la causa suprema»⁴⁶. En esto es fundamental entender que la doctrina basiliana de las causas, como se señalaba antes, no supone bajo ningún punto de vista una variedad de naturalezas, como han extraído los seguidores de Aecio de los filósofos foráneos⁴⁷. Basilio demuestra con facilidad

⁴² Cf. B. Magno, *El Espíritu Santo*, V, 8, p. 115.

⁴³ Cf. B. Magno, *El Espíritu Santo*, III, 5, pp. 109-110.

⁴⁴ «Literalmente el “demiurgo” o creador; aunque esto se aplica primero al Padre, aquí se aplica al Hijo, quien, para Basilio, se caracteriza, como hipóstasis divina, por su actividad creadora. Precisamente los anomeos [seguidores de Aecio] querían dejar este título en exclusiva para el Padre» (B. Magno, *El Espíritu Santo*, II, 4, p. 108, nota 31).

⁴⁵ B. Magno, *El Espíritu Santo*, III, 5, p. 111.

⁴⁶ B. Magno, *El Espíritu Santo*, IV, 6, p. 111.

⁴⁷ Con la distinción foránea parece señalar Basilio a los filósofos paganos, aunque no a todos, no son pocas las veces que cita con autoridad a muchos de ellos. Para esta cuestión, véase: B. Magno, *El Espíritu Santo*, III, 5, p. 109.

que la aplicación de estos vocablos no es unívoca tampoco, pues dice también el Apóstol refiriéndose al Hijo: «Porque de él y por medio de él y para él son todas las cosas»⁴⁸.

Efectivamente, de él es para los seres la causa del ser, según la voluntad de Dios Padre; por medio de él todas las cosas tienen la duración y la consistencia, por medio de él, que creó todas las cosas y además otorga a cada creatura lo necesario para su conservación. Por eso también a él se vuelven todas las cosas cuando, con cierto incontenible deseo y con afecto inefable, fina su mirada en el autor y mantenedor de la vida⁴⁹.

Aunque verdaderamente Basilio centra su reflexión más que nada sobre el Hijo *ásarkos* (posiblemente porque está polemizando contra los arrianos y no docetistas), hacia el capítulo VIII de *Sobre el Espíritu Santo*, contrario a los arrianos, nos enseña que, «efectivamente, el Padre ama al Hijo y le muestra todo, de modo que todo cuanto el Padre tiene es del Hijo, no sobreviniéndole poco a poco, sino presentándosele todo de golpe», y que no le llega el conocimiento por hábito o ejercicio; «en cambio, la Sabiduría de Dios, el Hacedor de toda la creación, el siempre perfecto, el *sabio sin haber aprendido*» no necesita «de dirección especial que le defina el modo y la medida de sus acciones»⁵⁰. También como bien sabemos por el Amado⁵¹: el que ha visto al Hijo ha visto al Padre, no es cuanto a forma o figura, que no le corresponde a la perfección de Dios, sino en cuanto a «la bondad de la voluntad que, por coincidir en la esencia, se considera que es semejante e igual, mejor aún, la misma, en el Padre y en el Hijo»⁵².

⁴⁸ Rm 11, 36, en B. Magno, *El Espíritu Santo*, V, 7, p. 113.

⁴⁹ B. Magno, *El Espíritu Santo*, V, 7, p. 115.

⁵⁰ Cf. B. Magno, *El Espíritu Santo*, VIII, 20, pp. 138-139.

⁵¹ Jn 14, 9, en B. Magno, *El Espíritu Santo*, VIII, 21, p. 139.

⁵² B. Magno, *El Espíritu Santo*, VIII, 21, p. 139.

Podemos reconocer aquí el papel revelador de la encarnación del Verbo, revela quién es Él y quién es su Padre.

2.3. *El Espíritu Santo*

Centremos ahora la reflexión sobre la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu Santo, llamado Paráclito, aunque debemos decir que este nombre no le es unívoco, puesto que se le aplica también al Hijo, como se deduce del Teólogo: «y yo rogaré al Padre, y Él os dará otro intercesor [ἄλλον παράκλητον], que quede siempre con vosotros» (Jn 14, 16).

Para iniciar, resultan bellísimas las palabras del propio Basilio: «pues, ¿quién que haya oído los nombres del Espíritu no se eleva con el alma y no levanta su mente hacia la suprema naturaleza? Porque se le llama *Espíritu de Dios, Espíritu de la verdad que procede del Padre*⁵³, *Espíritu recto y Espíritu rector*»⁵⁴. Como afirmamos en la fe constantinopolitana: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida», es decir, que, si el Hijo era considerado el Demiurgo, el Espíritu será aquel que da la vida a todo cuanto tiene alma. La consideración sobre el Espíritu no es en ningún caso leve o menor, como sabemos bien de la boca de Jesucristo: «pero quien blasfemare contra el Espíritu Santo, no tendrá jamás perdón y es reo de eterno pecado» (Mc 3, 29; Mt 12, 31); en otras palabras, en la confesión del Espíritu nos jugamos la eternidad en una resurrección hacia la vida o hacia la muerte (cf. 2 M 7, 14).

⁵³ No corresponde ni al presente estudio ni a san Basilio responder a una controversia como lo es la del *filioque/καὶ τοῦ Υἱοῦ*, que es en todo caso posterior. Con todo, cabe destacar que en san Basilio no se encuentra el así denominado patrimonismo (procede del Padre sólo). Cf. P. Evdokimov, *Presencia del Espíritu Santo en la tradición ortodoxa*, Agape Libros, Buenos Aires, 2014.

⁵⁴ B. Magno, *El Espíritu Santo*, IX, 22, p. 141.

El Capadocio es muy consciente de que para poder decir una palabra de verdad, ya sea sobre el Espíritu o sobre cualquier materia, debe de contar con la asistencia de Él porque, como dice el Apóstol: «de la misma manera también el Espíritu ayuda a nuestra flaqueza; porque no sabemos qué orar según conviene, pero el Espíritu está intercediendo Él mismo por nosotros con gemidos que son inexpresables» (Rm 8, 26). O también: «os hago saber, pues, que nadie que hable en el Espíritu de Dios, dice: “anatema sea Jesús”; y ninguno puede exclamar: “Jesús es el Señor”, si no es en Espíritu Santo» (1Cor 12, 3); y Jesucristo: «porque no sois vosotros los que habláis, sino que el Espíritu de vuestro Padre es quien habla en vosotros» (Mt 10, 20). Esto lo vemos con toda claridad en *Sobre el Espíritu Santo*: «por esto precisamente voy a pasar ya a la explicación por así decirlo, “con la ayuda del propio” Espíritu Santo»⁵⁵. Como es evidente, puesto que «hacia él se vuelve todo lo que tiene necesidad de santificación»⁵⁶, Él, al igual que decimos del Padre y del Hijo, no es necesitado de nada, Él es la perfección misma que conduce a los que se le acercan en dignidad hacia la perfección como nos propone el Hijo: «sed perfectos como vuestro Padre en los cielos es Perfecto» (Mt 5, 48); o en términos del propio Basilio: «el asemejarnos a Dios, en cuanto le es posible a la naturaleza humana»⁵⁷. Y no debemos creer que el acercarse al Paráclito consiste en localidades, sino en el apartamiento de las pasiones «purificándose, pues, de la fealdad adquirida por medio del vicio, remontándose a la belleza de la naturaleza y devolviendo a esa especie de imagen regia su forma primitiva mediante la purificación, únicamente así es como se acerca al Paráclito»⁵⁸.

⁵⁵ B. Magno, *El Espíritu Santo*, I, 2, p. 106.

⁵⁶ B. Magno, *El Espíritu Santo*, IX, 22, p. 142.

⁵⁷ B. Magno, *El Espíritu Santo*, I, 2, p. 103.

⁵⁸ B. Magno, *El Espíritu Santo*, IX, 23, p. 143.

La tarea del Espíritu es reveladora por excelencia. Podemos decir que, mientras Jesucristo caminaba la Galilea, Él era el revelador del Espíritu; pero, una vez asunto a los cielos y tras el Pentecostés, el Espíritu es el que nos revela al Hijo y en el Hijo decimos que vemos la imagen del Padre⁵⁹; o como lo expresa de un modo perfecto el teólogo ruso Pavel Evdokimov: «si el Hijo es la imagen del Padre y el Espíritu Santo la imagen del Hijo, el Espíritu, dicen los Padres, es el único en no tener su imagen en otra Persona, es esencialmente misterioso»⁶⁰; o en boca de Simeón el Nuevo Teólogo: «tu nombre tan deseado, y constantemente proclamado, nadie sabría decir lo que es»⁶¹.

El Capadocio nos transmite la necesidad de no rechazar ni las Escrituras ni la tradición que nos ha llegado, frente a los que, «rechazando como si no tuviera importancia alguna el testimonio no escrito de los Padres»⁶², llegan a decir que no es correcto dar una misma gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu, reduciendo a la tercera persona de la Trinidad a la condición servil⁶³. Apunta inicialmente a la fórmula bautismal que es trinitaria, luego ¿cómo es posible que la rechacen?; o en lo que respecta a las tradiciones recibidas, sobre la profesión de fe nos dice: «ζvoy, pues, a dejarme seducir por las argucias de esas gentes y a traicionar esta tradición que me introdujo en la luz, que me regaló el conocimiento de

⁵⁹ «Durante la misión terrena de Cristo, la relación de los hombres con el Espíritu no se producía más que por y en Cristo. Por el contrario, después de Pentecostés, es la relación con Cristo la que no se produce más que por y en el Espíritu Santo» (P. Evdokimov, *Presencia del Espíritu Santo en la tradición ortodoxa*, p. 102).

⁶⁰ P. Evdokimov, *Presencia del Espíritu Santo en la tradición ortodoxa*, p. 100.

⁶¹ P. Evdokimov, *Presencia del Espíritu Santo en la tradición ortodoxa*, p. 99-100.

⁶² Basilio Magno, *El Espíritu Santo*, X, 25, p. 146.

⁶³ Para Basilio la condición servil es la de las criaturas. Puntualmente, los pneumatómacos se la aplicaban al Espíritu como si fuera más próximo a un ángel que a Dios.

Dios, y por la cual he sido hecho hijo de Dios, yo, su enemigo hasta entonces por causa del pecado?»⁶⁴.

El bautismo es necesario que sea siempre en el Espíritu, como dice Juan el Precursor: «Yo en verdad os bautizo en agua para conversión, pero el que viene detrás de mí es más poderoso que yo, cuyas sandalias no soy digno de llevar: él os bautizará en Espíritu y fuego» (Mt 3, 11); o ¿es que nos olvidamos de aquel episodio en la vida de Pablo que se nos narra en los Hechos, en el que unos pobres, al ser interrogados por el apóstol sobre si han sido bautizados en el Espíritu, no sabían ni que había un Espíritu? (cf. Hch 19, 1-7). ¿Por qué privarnos a nosotros mismos de la belleza, del amor, que es el mismo Espíritu Santo?

[Es que] por medio del Espíritu Santo tenemos: el restablecimiento en el paraíso, la subida al reino de los cielos, la vuelta a la adopción filial, la confiada libertad de llamar Padre nuestro a Dios, de participar en la gracia de Cristo, de ser llamada hijo de la luz, de tener parte en la gloria eterna y, en general, de estar en la plenitud de la bendición, en esta vida y en la futura, viendo como en un espejo la gracia de los bienes que nos reservan las promesas, y de los que esperamos ansiosos disfrutar por la fe, como si ya estuviesen presentes⁶⁵.

Ante todo, lo que Él nos da, ¿cómo rechazarlo? ¿Cómo se puede ser tan vil de reducirlo a la condición servil? «No vamos nosotros a ensalzar en el más alto grado al que es divino por naturaleza, inabarcable por su grandeza, poderoso en sus obras y bueno en sus beneficios?»⁶⁶. Pero si todo esto te parece poco: «si piensas en la creación, fue el Espíritu quien afianzó las potencias

⁶⁴ B. Magno, *El Espíritu Santo*, X, 26, p. 147.

⁶⁵ B. Magno, *El Espíritu Santo*, XV, 36, p. 165.

⁶⁶ B. Magno, *El Espíritu Santo*, XXIII, 54, p. 201.

de los cielos»⁶⁷, como el propio Basilio aprendió de un sirio⁶⁸: «“Se cernía”, según él [el sirio], significa que “calentaba y vivificaba” la sustancia de las aguas como el pájaro que empolla sus huevos y al calentarlos les da una cierta fuerza vivificante. [...] Bastaría este pasaje para mostrar, a los que cuestionan, que el Espíritu Santo no es ajeno a la actividad creadora»⁶⁹. Si piensas en la encarnación, «de ella es inseparable el Espíritu»⁷⁰, o incluso «la redención de los pecados se da en la gracia del Espíritu»⁷¹, finalmente la misma «resurrección de entre los muertos, a la acción del Espíritu se debe, pues *enviarás tu Espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra*»⁷².

Es interesante prestar atención al lenguaje empleado por el Capadocio para la defensa de la fe sobre el Espíritu Santo, el cual no busca la misma polémica ni es tan duro en sus términos, como si no tuvieran problema el Niseno y el Teólogo en denunciar con una cruda dureza a los macedonios o el propio Basilio al hablar de los valentinianos, arrianos, etc. Es difícil saber con certeza lo que lo motivó. Nos inclinamos por la tesis de S. Hildebrand⁷³, que considera a la obra un intento honesto de aproximar a este grupo a la fe ortodoxa. Con todo, habría que añadir que al mismo tiempo puede y logra exponer la fe sin detrimento de la verdad⁷⁴, aunque

⁶⁷ B. Magno, *El Espíritu Santo*, XIX, 49, p. 189.

⁶⁸ No dice quién sea, pero podemos suponer que es Eusebio de Samosata o Efrén el Sirio. A este respecto, consúltese: B. Magno, *Hexameron*, II, 6, p. 40, nota 2.

⁶⁹ B. Magno, *Hexameron*, II, 6, pp. 40-41.

⁷⁰ B. Magno, *El Espíritu Santo*, XIX, 49, p. 189.

⁷¹ B. Magno, *El Espíritu Santo*, XIX, 49, p. 189.

⁷² B. Magno, *El Espíritu Santo*, XIX, 49, p. 190.

⁷³ Para un estudio detallado y reciente sobre este particular, remitimos a J. J. Whitty, «Reading Basil of Caesarea's On the Holy Spirit as Apology: Reassessing the Influence of Eustathius of Sebaste on the Treatise», *Vigiliae Christianae*, vol. 77, n.º 4 (2022), pp. 353-374, <https://doi.org/10.1163/15700720-bja10056>.

⁷⁴ Para comprender en profundidad la defensa de la divinidad de la tercera persona en Basilio sugerimos el trabajo de Yanguas Sanz: «No obstante, poniéndose

claro está, la ausencia del *homousios* sobre el Espíritu es llamativa, pero no lo es más llamativa que su ausencia en el propio símbolo constantinopolitano que vendría en el 381⁷⁵. Al mismo tiempo encontramos fórmulas claras, no sólo con respecto a la igualdad de gloria de las tres personas, así como las sílabas aplicadas a cada una de ellas, sino también la afirmación de que debemos ensalzar «al que es divino por naturaleza»⁷⁶.

3. Conclusiones

Como afirmamos en el credo atanasiano: «quien quiera salvarse debe, sobre todo, mantener la fe Católica», a saber, que «nosotros adoramos a un Dios en la Trinidad y a la Trinidad en la Unidad». Hemos visto cómo, porqué y qué creer, en este sentido no debemos separarnos de la tradición de nuestros padres. Contra lo que Basilio luchó, allá en el siglo IV, nos puede ser muy actual. Al prestar atención a las herramientas empleadas por los

en el esquema filosófico de sus adversarios, buscará hacerles ver que tanto el Padre como el Hijo y el Espíritu Santo tienen una misma naturaleza específica. En efecto, aun siguiendo estrictamente el planteamiento macedonio, pronto se deja ver que el resultado favorece la tesis de Basilio, ya que “lo que se subdivide tiene la misma naturaleza que aquello que resulta después dividido”. Si la naturaleza divina es única e idéntica antes de la división, seguirá siendo divina aun después de la división en las tres Personas» (J. M. Yanguas Sanz, «La divinidad del Espíritu Santo en S. Basilio», p. 510).

⁷⁵ De hecho, Gregorio el Teólogo, durante el período en el que presidió el segundo concilio ecuménico, encontró graves dificultades frente a la ausencia de una afirmación explícita de que el Espíritu es Dios o del propio *homousios*. Para un estudio breve sobre las teologías presentes en el s. IV sobre el Espíritu Santo: M. A. G. Haykin, «“The Lord, The Life-Giver”: Confessing The Holy Spirit In The Fourth Century», *Journal of the Evangelical Theological Society*, vol. 62, n.º 1 (2019), pp. 65-80.

⁷⁶ B. Magno, *El Espíritu Santo*, XXIII, 54, p. 201.

que polemizaron con él y al ver las utilizadas por algunos autores de hoy, podemos llegar a ver ciertas coincidencias. ¿Cómo? Con la idea de que hay que distinguir lo esencial de lo accidental. Es que, aunque por un momento aceptáramos tal cosa —que somos capaces de juzgar la verdad—, lo que viene después es aún más grave: que una vez juzgado qué es lo esencial —dicen— hay que eliminar lo accidental, de esta manera socaban la verdad y buscan cómplices aún inconscientes. Contra estos hay que recordar que no se es dueño de la verdad, sino colaborador de ella (cf. 3 Jn 8). Por esto, el preservar la tradición sin innovaciones (como da ejemplos Basilio de la forma celebrativa⁷⁷, la profesión de fe⁷⁸, las doxologías⁷⁹, etc.) nos da un espíritu de humildad que es propio del Espíritu Santo, vivimos en el amor del Padre que nos mantiene en comunión con la nube de testigos (cf. Hb 12, 1) que nos ha precedido y nos mantiene en la verdad (cf. Jn 14, 6), que es el mismo Cristo. Recordemos que esta tarea no es sencilla en ningún caso, pero puede servirnos de consolación el ver que la fe ortodoxa ha triunfado, incluso en el contexto tan nefando como el que nos describe el Capadocio:

¿Quién puede pasar ante esto sin llorar? Porque, ¿acaso no es evidente —tanto que hasta un niño lo comprendería— que los hechos presentes están preludiando la desaparición inminente de la fe? Lo indiscutible se ha vuelto dudoso. Creemos en el Espíritu, y guerreamos contra él con nuestras propias confesiones de fe. Somos bautizados, y de nuevo peleamos. Le invocamos como origen de la vida, y lo despreciamos como compañero de

⁷⁷ Cf. B. Magno, *El Espíritu Santo*, XXVII, 66, p. 220. Se trata quizás de uno de los testimonios más antiguos en los que se atribuye la orientación celebrativa a la era apostólica.

⁷⁸ Cf. B. Magno, *El Espíritu Santo*, X, 26, p. 147.

⁷⁹ Cf. B. Magno, *El Espíritu Santo*, I, 3, p. 106.

esclavitud. Lo hemos recibido con el Padre y con el Hijo, y lo menospreciamos como parte de la creación⁸⁰.

No se trata de llamar a una caza de brujas, sino, solamente, que aquellos que se experimenten identificados con él puedan decir ¡bendito sea Dios! Puesto que la prueba es motivo de alegría. A otros lectores, las aplicaciones actuales le resultarán más distantes. Pero en uno y otro caso no quisiera que aquello por lo que luchó el Padre Capadocio redunde en palabras vacías, sino que encontremos en él un testimonio de vivir y luchar por la regla de fe de la Iglesia.

Por otro lado, debemos volver a recordar que Basilio llega a estas afirmaciones aun antes del segundo concilio ecuménico, en el que podemos decir que se le fue dada en gran parte la razón. Leer a este Padre nos provee herramientas claras para los momentos de polémica en la vida de la Iglesia, donde no se trata de renuncias a la verdad, sino que una vez hallada es defendida y custodiada. La clave para transitar el tiempo arduo mientras la solidez doctrinal parece perecer, al punto de que ya los jóvenes ni saben de lo que han sido privados⁸¹, vendrá dada por el respeto a la tradición recibida, el amor a la fórmula bautismal, a la doxología, en el aprecio por las realidades creadas en las que, con toda claridad, al ojo creyente de la fe, se le presenta como testimonio silencioso de Dios. Pues Dios, contemplando la creación, ha dicho que es buena, no porque vea con ojos, sino porque la contempla en su inefable sabiduría⁸², así también el hombre, provisto de los ojos informados por la fe, ve, contempla

⁸⁰ B. Magno, *El Espíritu Santo*, XXVIII, 70, p. 227.

⁸¹ «CHURCH FATHERS: *Letter 90* (St. Basil)», accedido 22 de febrero de 2025, <https://www.newadvent.org/fathers/3202090.htm>, 2.

⁸² Cf. B.Magno, *Hexameron*, IV, 6, pp. 70-71.

a la creación⁸³, no en cuanto materia o forma, sino con la misma mirada de Dios, pues el hombre está llamado, en cuanto se lo permite su naturaleza humana, a asemejársele⁸⁴.

Podemos, ahora, decir con la bellísima oración de la Divina Liturgia⁸⁵: «Hemos visto la verdadera luz, hemos recibido el Espíritu celestial, hemos encontrado la verdadera fe, adorando a la Trinidad indivisible: porque ella nos ha salvado»⁸⁶. Y termino con el kontakio al Capadocio: «Oh Basilio: te mostraste cimiento firme de la Iglesia, dando a todos los habitantes de la tierra el buen dominio, sellándola con tus enseñanzas, revelador de las cosas celestiales»⁸⁷.

Referencias bibliográficas

«Church Fathers: *Against Heresies*, V.6 (St. Irenaeus)». Accedido 24 de febrero de 2025. <https://www.newadvent.org/fathers/0103506.htm>.

«Church Fathers: *Letter 90* (St. Basil)». Accedido 22 de febrero de 2025. <https://www.newadvent.org/fathers/3202090.htm>.

Arnaert, B. L. «Huerta de Soto's Hypostasis an Exploration of the Role of Theology in Economics». *Revista Procesos de Mercado*, vol. 21, n.º 2 (2024), pp. 167-210. <https://doi.org/10.52195/pm.v21i2.957>.

Basilio Magno. *El Espíritu Santo*. Ciudad Nueva, Madrid, 2012.

⁸³ Cf. B. Magno, *Hexameron*, I, 6, pp. 22-23.

⁸⁴ Cf. B. Magno, *El Espíritu Santo*, I, 2, p. 103.

⁸⁵ Aparece tanto en la de Basilio Magno como en la de Juan Crisóstomo.

⁸⁶ B. Vasile Buda, I. Dumea y R. Mureşan, *La Divina Liturgia: de san Juan Crisóstomo, de san Basilio, de los dones presantificados*, BAC, Madrid, 2016, p. 74 y p. 137.

⁸⁷ B. Vasile Buda, I. Dumea y R. Mureşan, *La Divina Liturgia: de san Juan Crisóstomo, de san Basilio, de los dones presantificados*, p. 143.

- Basilio Magno. *Hexameron. Homilías sobre los seis días de la Creación*. Svetigora, Njegoseva, 2017.
- Collins, F. S. *The Language of God: A Scientist Presents Evidence for Belief*. Free Press, New York, 2006. <http://archive.org/details/francis-collins-language-of-god>.
- Evdokimov, P. *Presencia del Espíritu Santo en la tradición ortodoxa*. Agape Libros, Buenos Aires, 2014.
- Florovsky, G. *Bible, Church, Tradition: An Eastern Orthodox View*. Nordland Pub. Co, Belmont, 1972.
- Fotineas, S. «The Letters of Bishop Basil of Caesarea: Instruments of Communion». Thesis, Australian Catholic University, 2016. <https://doi.org/10.4226/66/5a9cc83db0bce>.
- Haykin, M. A. G. «“The Lord, The Life-Giver”: Confessing The Holy Spirit InThe Fourth Century». *Journal of the Evangelical Theological Society*, vol. 62, n.º 1 (2019), pp. 65-80.
- Lim, R. «The Politics of Interpretation in Basil of Caesarea’s “Hexaemeron”». *Vigiliae Christianae*, vol. 44, n.º 4 (1990), pp. 351-370. <https://doi.org/10.2307/1583840>.
- Mira, M. «La noción de ley de la naturaleza en el *In Hexaemeron* de Basilio de Cesarea». *Annales theologici*, vol. 20, n.º 1 (2006), pp. 59-86.
- Mira, M. «Sobre la estructura del “De Spiritu Sancto” de Basilio de Cesarea». *Scripta Theologica*, vol. 40, n.º 1 (2008), pp. 65-88. <https://doi.org/10.15581/006.40.10461>.
- Tomás de Aquino. *Suma de teología*. BAC, Madrid, 1994.
- Vasile Buda, B., Dumea, I. y Mureşan, R. *La Divina Liturgia: de San Juan Crisóstomo, de San Basilio, de los dones presantificados*. BAC, Madrid, 2016.
- Whitty, J. J. «Reading Basil of Caesarea’s On the Holy Spirit as Apology: Reassessing the Influence of Eustathius of Sebaste on the Treatise». *Vigiliae Christianae*, vol. 77, n.º 4 (2022), pp. 353-374. <https://doi.org/10.1163/15700720-bja10056>.

Yanguas Sanz, J. M. «La divinidad del Espíritu Santo en S. Basilio». *ScriptaTheologica*, vol. 9, n.º 2 (2018), pp. 485-539. <https://doi.org/10.15581/006.9.21876>.

